

Compartir para volar

Yessica Rubi Ibarra Baca
Lic. Letras Españolas, 9no. Semestre, UACH
a362219@uach.mx

Sofía vivía en un pequeño pueblo en donde no había muchas cosas que hacer. Los adultos trabajaban todo el día y mientras tanto, los niños solían pasar las tardes corriendo por las calles, con los calzones llenos de tierra y arrojándose piedras como si fuesen globos de agua.

Ahí todos se conocían, eran vecinos, amigos o parientes lejanos. Por ejemplo, Francisca, la madrina de Sofía, era tía de Lucía, prima segunda de Sofía, y por eso casi siempre estaban obligadas a jugar juntas.

En el pueblo no había secretos, ni privacidad. Si alguien fallecía, se divorciaba o se embarazaba, la noticia se esparcía más rápido que si hubiera salido en la televisión.

Por lo general, comunidades como la de Sofía pasaban desapercibidas por el gobierno. De vez en cuando les llevaban despensa, pero nunca era suficiente. Las tuberías no servían y las calles no estaban pavimentadas. Hasta que, un día, el presidente municipal cumplió —por fin— una de las tantas promesas que había hecho durante su campaña. La de construir un área recreativa.

Levantaron un pequeño parque a las orillas del pueblo. No era muy grande, pero significaba mucho, ya que la mayoría de las familias tenían entre tres y cinco hijos, así que para los padres tener un lugar dónde llevarlos a jugar era un verdadero alivio. Mucho mejor que tenerlos gritando y corriendo dentro de la casa.

Cuando el parque fue inaugurado de inmediato se convirtió en la sensación. Tenía toboganes, una cancha con canasta y portería, pasamanos, sube y bajas, bebederos y muchos juegos más. Sin embargo, lo más llamativo eran los columpios, uno en especial, hecho con unos palos de madera, sogas y una llanta. Todos los niños aseguraban que era la experiencia más increíble del mundo, tan adictiva

que ni siquiera la emoción de comerse los mocos a escondidas, podía compararse.

Sofía no había podido subirse, porque siempre estaba ocupado, pero un día, cuando su amigo Daniel llegó a su casa para ir juntos a la escuela, le gritó —¡Sofía, vamos! ¡El parque está vacío!

Sin pensarlo dos veces, Sofía corrió con Daniel y al llegar notaron que la mayoría de los juegos estaban libres, pero ambos solo tenían un objetivo en común: subirse al columpio.

—¡Apartado pellizcado, voy yo primero! —gritó Sofía, corriendo hacia él

—¡No, yo lo vi primero! —chilló Daniel, detrás de ella

Los demás niños los observaban en silencio, porque nunca había paz cuando Sofía y Daniel estaban juntos. Así pasaron toda la mañana, peleando entre turno y turno para subirse al columpio, hasta que llegó la hora de irse.

Pronto descubrieron que si se levantaban muy temprano, antes de entrar a clases, el columpio siempre estaba vacío. Durante muchos días siguieron esa rutina, disfrutando de la sensación de volar como si fueran pájaros.

Justo una mañana, cuando discutían más fuerte que nunca, Sofía golpeó a Daniel y lo tiró al suelo cuando después algo extraño comenzó a suceder, el columpio se balanceó solo, como si tuviera vida propia.

—¡Te odio! —Le gritó Daniel llorando

—Shh... ¿Viste eso? —susurró Sofía

Entonces, el columpio habló con una voz suave, como el murmullo de las hojas.

—Niños, no se peleen, por favor. Yo puedo mostrarles algo maravilloso, pero solo si aprenden a compartir.

Sofía y Daniel se miraron mutuamente y se tallaron los ojos como si no pudieran creer lo que estaba pasando.

—No tengan miedo ¡Vengan, súbanse! — volvió a hablar el columpio

Pensaron que era solo un juego de su imaginación, pero decidieron intentarlo y los dos se subieron, descubriendo que ambos cabían perfectamente en la llanta.

De repente, sin que nadie los empujara, el columpio empezó a elevarse muy alto, tan alto que parecían tocar las nubes. Fue entonces que los dos vieron un hermoso bosque en el cielo, lleno de árboles brillantes, pájaros de colores y flores que parecían cantar con el sol.

—¡Es un bosque mágico! —gritó Sofía.

—¡Y lo estamos viendo juntos! —dijo Daniel con los ojos brillantes

Mientras seguían balanceándose, el bosque se acercaba más y más, invitándolos a entrar. Sofía quiso arrojarle para volar hacia él, pero el columpio habló otra vez.

—El bosque del cielo es real, pero solo lo alcanzan quienes saben cuidar y pensar en los demás. Si uno se va solo, se perderá. Si van juntos, siempre podrán regresar.

Cuando el balanceo se detuvo, Sofía y Daniel bajaron del columpio. Sofía se disculpó por haberlo golpeado, y Daniel también pidió perdón por no dejarla subir antes.

El columpio, con una voz que parecía venir del viento, les dijo

—Recuerden, pequeños, que solo al compartir podrán sentir la verdadera magia. El bosque solo se mostrará a quienes sepan ser amigos. No lo olviden.

Desde aquel día, nunca volvieron a discutir. Gracias al columpio habían comprendido que la magia no estaba solo en aquel bosque, sino en su amistad. Y así, riendo y tomados de la mano, siguieron disfrutando de las maravillas del mundo, que siempre eran más hermosas cuando se compartían con todos los demás.